

26.--Una jornada de anillamiento en Doñana

Creo que vale la pena relatar aquí lo que es un día de anillamiento en la Algaida para aleccionar a los futuros anilladores.

Por la mañana se sale del Palacio a lomo de mula. Ocho kilómetros de cansino ajetreo sientan el desayuno y nos ponen en situación de acometer la colonia, que se denuncia por los bandos de garzas yendo y viniendo.

De lejos, las manchas blancas de pollos sobre los alcornos y el brezal producen un alegre efecto que aumenta cuando se perciben el bullicio y griterío. Al acercarnos nos llega un tufillo agrídulce que en el encanto de mirar tantas formas vivarachas y esbeltas se olvida. Después se relegan a un lado las garzas mientras se dejan los mulos y se aprestan los cintos de anillas, comprobando que el alicate y el block están bien atados y salen cómodamente del bolsillo al tirar del cordel.

Ya todo listo, nos encaramos con la muralla oscura de brezo y zarzales. Le primera impresión es que aquellas enormes marañas, de 2 a 4 metros de altas, son completamente inatacables. Las corona una multitud de pollos, blancos como la nieve, que estiran el ya demasiado larguilucho cuello para examinar al intruso. Este se aproxima cauteloso, mirando de reojo las ramas quebradas de brezo seco, eficacísimas desgarracamisas, y cuando, asomado ya al borde del brezal provoca la desbandada de aquella masa semi-volátil que se apresura a instalarse con cacareos indignados en lo más inaccesible del centro, se siente invadir por el desaliento. Se intentan coger 2 ó 3 pollos menos crecidos que quedaron en el borde, justo a una cuarta más lejos del alcance de la mano, y después de varias intentonas se consigue.

Ya están puestas las primeras anillas y el operador va preparando el espíritu a la idea de dejar jirones de indumentaria y pellejo en la empresa. La madurez operatoria llegará con el convencimiento de que, excepto dejar un ojo en un pincho, todo lo que pueda ocurrir no tiene importancia. Con este espíritu el trabajo puede empezar con provecho.

Para ello el equipo va rodeando uno a uno los matos aislados. Unos con más suerte y otros con menos, se van cogiendo todas las garzas del mato, en número siempre proporcional al de arañazos recibidos. Los manojos de garzas se anillan febrilmente, sujetándolas con rodillas, dientes y las manos adventicias que sin duda brotan en esta ocasión. Se lleva cuenta mental de especies y anillas y se sueltan en el mismo mato para anotar rápidamente en el block.

Cuando los matos aislados se acaban es necesario operar en la maraña. Un par de voluntarios, destacados en ala envolvente, se infiltran bajo el zarzal por las sendas de jabalíes y empujan contra un borde, donde se agazapan las demás, a la avalancha de pollos. La captura con saltos rápidos y persecuciones violentas, se hace entonces movida y entretenida. Pronto se suda copiosamente y se discute a gritos.

Esta es la operación de batida o copo, que se utiliza con pollo grande que corre muy bien, tiene la desventaja de que se asusta demasiado a las garzas y algunas, muy alejadas, no aciertan a volver al nido, acabando por morir.

Otra acreditada modalidad de captura es el merodeo con dos variantes según se trate con pallo pequeño o grande, la primera consiste en la búsqueda calmosa de nidos aseguibles. Se practica solo y sin ruido y es por todos conceptos el procedimiento ideal, ya que los pollos pequeños no acostumbran a huir o lo hacen mal. A veces es posible anillarles sin siquiera sacarles del nido, requiriendo las patas extendidas y cuidando de no anillar las dos del mismo animalito. Recomendación que no está de más porque ya se ha dado este caso, y hasta es bastante peor de poner, en plena fiebre anilladora, el arito de aluminio en una pata que ya tenía el suyo correspondiente.

En 1953 este procedimiento se reveló el mejor, tiene la inmensa ventaja de que los pollos no se asustan ni pierden el nido.

La segunda variante es la embestida, en la que el merodeador discurre sigilosamente por el borde del brezal y, visto un pollo propicio se lanza con temeridad entre las matas para ganarle en la huida. Suele ganarse además algún pinchazo y tal cual siete.

El anillamiento de pollo crecido en árboles y arbustos se realiza también en grupo. Uno o dos suben al árbol y sacuden las ramas llenas de prole volandera, mientras los demás esperan en posiciones estratégicas. Con la lluvia de garzas el cuadro se anima mucho. Aquí caen tres que galopan para ocultarse entre el helecho, seguidas de cerca por dos anilladores ululantes. (Ha habido quien cayó en la carrera sobre un jabalí dormido). Allá hay otras que se sujetan a una rama baja, sin poder moverse por la violencia de las sacudidas,

y son capturadas al asalto, otras solo bajan empujadas con palos y alguna pasa volando al árbol próximo o se tira al brezal.

Tampoco este procedimiento es convincente porque hay garzas que se hieren al caer o resultan arrolladas por el ímpetu del anillador, pero este año ha sido necesario emplearle so pena de no anillar nada.

Practicar durante una mañana las operaciones estratégicas que acabamos de describir justifica que a la hora de la comida todo el equipo, maldiciente, sudoroso y oliendo delicadamente a una mezcla de pez podrido y excremento garzuno, se reúne bajo un alcornoque alejado del bullicio colonial y se entone con Nectar o Tío Pepe. Después de una sana comida caliente que se trae de casa y trasegado un cántaro de agua, se descansa y se charla largo rato antes de reanudar remolonamente la faena.

Vuelta a soportar el escándalo de miles de pollos que vocean como golfillos. Vuelta a arrastrarse a gatas, aguantando estoicamente los rociónes de alimento vomitado, increíblemente heterogéneo gracias a la habilidad de papá-garza. Sapos, anguilas, grillotopos, salamauqueras, peces, libélulas, culebras y saltamontes y renacuajos y lagartijas y escarabajos pueden recogerse sobre la propia cabeza y lomo tras de un paseo "subbrezaneo", amén de grandes churretones blancos y cálidos, las espinitas empiezan a escocer anunciando lo que serán cuando el agua y el alcohol las despabilen y uno empieza a pensar en el camino de vuelta, jinete en su mula y dominando a su izquierda, la inmensa llanada marismeña que, parece estirarse, entre dos luces.

La vuelta llega, se llega al Palacio Doñana y tras charlas, copiosa cena y embites al Nectar llega también la hora de dormir, pero no sin haber prepando las anillas para mañana.

J. A. VALVERDE

